

Identidad y jóvenes urbanos

*Maritza Urteaga Castro-Pozo*¹

Introducción

EN ESTA NOTA CRÍTICA QUIERO hacer una revisión del desarrollo en México de los estudios sociales —elaborados en la década de 1980 y en la que está en curso— que tocan directa o indirectamente la relación jóvenes urbanos e identidades colectivas. En ese sentido, no pretendo probar o negar hipótesis alguna sobre el campo de estudios sobre la juventud o sobre los estudios urbanos. Me propongo: 1) dar cuenta del desarrollo de los estudios en un doble sentido, en el plano del conocimiento del objeto de estudio y en aquel de la elaboración de las propuestas teórico-metodológicas; y 2) ubicar los objetos de estudio privilegiados en la investigación sobre los jóvenes urbanos en la última década.²

1. Del movimiento estudiantil a las bandas juveniles

Hasta la década de 1970 el estudio del movimiento juvenil urbano en México estuvo centrado en los grupos de jóvenes de extracción clasemediana, como los movimientos estudiantiles, los movimientos generacionales de las élites intelectuales y los grupos radicales que conformaron movimientos políticos (los guerrilleros, por ejemplo). Desde los comienzos de los años ochenta se observa un claro desplazamiento en la investigación social sobre los movimientos juveniles; el centro lo empiezan a constituir las denominadas “bandas juveniles” y “los cholos”. Este im-

¹ Socióloga. Egresada de la maestría en antropología social de la ENAH.

² El artículo es un desarrollo de una parte de la ponencia colectiva realizada en el marco de las actividades del Seminario de Cultura e Identidad Urbanas y presentada al I Congreso Nacional de Investigación Urbana, Aguilar, M.A., Rosales, H. y Amparo Sevilla (coordinadores), “Cultura urbana en los ochenta: notas para un balance”, México D.F., 8-11 octubre, 1991.

portante desplazamiento en el centro y en las orientaciones de la investigación sobre los jóvenes urbanos (que se haría efectivo a mediados de la década, en el Año Internacional de la Juventud), obedece a la percepción de los cambios en el contexto social urbano; esto es, a la emergencia masiva (y amenazadora para cierta sociedad civil) de las bandas juveniles en la periferia marginal de la ciudad de México y de los barrios cholos de Tijuana. La rapidez de este desplazamiento no puede ser entendida sino como urgencia por comprender-explicar lo extraño de su vestimenta, lo incomprensible de su lenguaje (oral y escrito en los muros), lo violento (si no delictivo) y lo autodestructivo de sus comportamientos (uso y abuso de drogas químicas).

El Estado respondería con la violencia de las fuerzas policiacas. A pesar de ello, las bandas y los barrios cholos se extendieron y abarcaron a un mayor número de jóvenes. Estas imágenes contradecían abiertamente el prototipo de lo que hasta ese momento se tenía por "ser joven". Si bien las bandas, las gangas, las clicas, las pandillas, habían existido desde hacía mucho tiempo, lo novedoso fue, por un lado, la extracción proletaria y popular de los que desde entonces serán denominados "chavos banda" y, por otro lado, lo masivo del fenómeno.

2. Hacia una primera definición de los chavos banda

Las bandas pronto atrajeron el interés de investigadores sociales o estudiantes de diferentes instituciones académicas. Para este acápite se tomaron en cuenta los textos de los autores reunidos en los libros editados por F. Gomezjara (1978a y 1978b), así como el de J. García Robles (1985), la tesis de Alarcón, Henao y Montes Castro, de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) (1986), y los artículos de M. Valenzuela (1984) y de S. Zermeño (1988).

Las primeras investigaciones desde las ciencias sociales no tuvieron modelo o paradigma teórico previo sobre el tema y sí muchos pre-judicios o juicios de valor elaborados desde aquellas disciplinas que anteriormente se habían acercado a los jóvenes pandilleros (sobre todo, la psicología, el derecho y la medicina legal). También fueron de escasa utilidad los referentes teórico-metodológicos sobre el tema, pues la mayoría de ellos se aproximaban al fenómeno con supuestos (o utopías) como "marginalidad", "desviación a la norma", "desintegración familiar", "under-ground", "contracultura", "subcultura" y otras categorías que en lugar de explicar el fenómeno, parecieron desear etiquetarlo.

La construcción del objeto "bandas juveniles" se inicia con la pregunta: "quienes son los chavos banda" (¿dónde se encuentran?, ¿qué

buscan?, ¿cuál es su visión del mundo?). Las respuestas de ciertas investigaciones sociales pioneras se encuentran signadas por varias características: construcción teórico-metodológica de acercamiento al problema en debate con las escuelas extranjeras de estudios sobre la juventud; eclecticismo teórico en la formulación de sus acercamientos (uso de categorías y conceptos de diferentes escuelas aunque con fuerte presencia de la tradición marxista ortodoxa); voluminosa y novedosa fuente de datos empíricos (uso de metodologías de la historia social-oral y de la antropología: historias de vida, observación participante) (García Robles, 1985; Alarcón, Henao y Montes, 1986; Gomezjara, 1987a, 1987b; Valenzuela, 1984).

El resultado fue desigual y los planteamientos teóricos propuestos no lograron dar cuenta analíticamente del material empírico (mucho más rico y complejo). ¿De qué dan cuenta —entonces— estas investigaciones? 1) Del contenido proletario-popular de los chavos banda (tanto por su situación de clase, como por la ubicación espacial de las bandas, en los barrios populares); 2) del hecho de que los grupos juveniles existieran con otros nombres desde la década de 1940, aunque la visibilidad de las actuales agregaciones juveniles populares estaba en relación directa con la crisis estructural; 3) de las relaciones derivadas de lo expuesto hasta aquí: industrialización-modernización-urbanización-juventud pandillera y ondera (década de los 80); desestructuración industrial (desempleo-subempleo)-desmodernización-crecimiento explosivo de las ciudades-chavos banda; 4) de la importancia positiva del barrio y de los lazos primarios de afecto en la constitución de las bandas (en contraposición con posturas que explicaban su surgimiento por la desintegración familiar en las “culturas de la pobreza”, como lo hace García Robles, 1985); 5) de la particularidad del “ser joven” dentro de los sectores populares en los tiempos actuales: desempleo, subempleo, deserción escolar, exceso de tiempo libre y la variedad de su uso.

Las manifestaciones y los comportamientos culturales gestados en el tiempo libre de los chavos —la vestimenta, la música rock, el tatuaje, los “graffitis”, los atracos, el exceso en el uso de las drogas, el “taloneo”, las peleas entre las bandas, el lenguaje, etc.— dieron lugar a diversas caracterizaciones sobre los mismos. Los autores incluidos en los libros compilados por Gomezjara definen a la banda como una forma de agregación social defensiva/ofensiva de los jóvenes inmersos en la crisis y como una autoorganización dual (reproductora de la sociedad de consumo o de la violencia institucional y, al mismo tiempo, contestataria a ella), con capacidad para alcanzar un nuevo escalón de interrelaciones al lograr tejer redes de apoyo de corte cultural, político, social y económico. Al destacar el aspecto organizativo de las bandas, les parece vital el

paso de la pandilla (autoorganización espontánea) a la banda (autoorganización sociopolítica) de los jóvenes. Alarcón, Henao y Montes (1986) observan que las bandas no son grupos, comunidades o clases sociales nuevas, y que sus manifestaciones políticas tampoco son respuestas conscientes y organizadas, sino

un sector juvenil que desde sus propios espacios urbanos se resiste localmente ante las imposiciones [...] del Estado y la sociedad civil [...] para la banda el cambio social interesa desde su propia conciencia de ser banda, del sentir de cada uno de los jóvenes que la conforman.

Por el contrario, Zermeño (1988) ubica las bandas y sus comportamientos dentro del mundo de los excluidos, cuyas características serían “la violencia, el robo, la droga, la insalubridad, la banda, los cuates; en resumen, *el conformismo delictuencial* y [...] el refugio en el individuo, la *individualización anómica*”.

Así, entre la posibilidad y la imposibilidad de la creación de una identidad positiva, el objeto “bandas juveniles” pareció llegar a un límite. Sin embargo, ello señalaba las limitaciones de este tipo de propuestas teóricas al enfrentarse a la acción colectiva de sujetos sociales no originados en el ámbito de la producción social o, en su defecto, reflejaba el ansia de ciertos investigadores por encontrar en la juventud popular urbana al “macrosujeto social” portador de la misión emancipadora que, para entonces, ya había dejado de personificar el proletariado. Por encima de estas limitaciones, a este grupo de estudiosos se deben las primeras definiciones analíticas de las bandas juveniles con base en la recolección sobre el terreno de la mayor cantidad posible de datos sobre la composición social de las bandas, la interacción al interior y fuera de la banda, sus formas de vida, sus manifestaciones culturales y sus territorios. Investigaciones que tuvieron el mérito de demostrar la unilateralidad de acercamientos que desde la criminología y la psicología social interpretaban el comportamiento de los chavos banda como delictivos y patológicos.

3. Garantizados/no garantizados, cholos, banda, punks: hacia la heterogeneidad juvenil urbana

El segundo impulso al desarrollo del objeto “bandas juveniles” provino de la investigación de M. Valenzuela (1988) del cholismo y punkismo en Tijuana y de propuestas como la de Gaytán formuladas en sus artículos (Gaytán 1985, 1988a, 1988b). Ambos autores penetran, con propuestas

de abordaje diferentes, dentro de las manifestaciones juveniles culturales, al universo —mundo simbólico— de los cholos, los *punks* y las bandas.

Valenzuela conjuga la concepción gramsciana de cultura popular con los planteamientos de Cirese respecto a la existencia de diversas expresiones culturales, algunas de las cuales coexisten de manera antagónica con la hegemónica (al interior de una nación y fuera de la misma). Por ello, la interacción cultural entre los diferentes grupos y clases sociales, la necesaria circulación de los hechos culturales (en ambos sentidos) y la apropiación o el uso de los productos culturales en función a la clase a la que se pertenece, define el carácter popular (o no) de los productos culturales (y no su origen). En otro orden de ideas, el autor observa a la juventud como un complejo momento en donde los criterios biológicos, psíquicos, económicos, históricos y familiares estarían estrechamente asociados con aspectos de orden social-económicos y con el papel que el individuo, el grupo o clase desempeña dentro de la estructura social. De aquí es posible observar actitudes y manifestaciones culturales de la juventud (específicas de esta población) variadas y contradictorias.

Un trabajo empírico en profundidad en la cotidianeidad de los cholos del norte (estereotipos, vestuario, barrio, mural, “placazo”, tatuaje, música, características socioeconómicas, drogas, violencia, encarcelamiento, género y otros comportamientos), la priorización de la dimensión cultural en su acercamiento a los *punks* de Tijuana y una recopilación de historias de las bandas, así como de historias de vida de los miembros de las mismas en el DF y Guadalajara, le permiten invertir los términos del debate y dar un nuevo impulso a las investigaciones sobre las culturas populares juveniles urbanas.

¿Por qué? Porque sin desechar una explicación socioeconómica del fenómeno (la crisis, el desempleo y la reducción de los niveles de vida reintegran a la banda, al barrio y a los *punks* —esto es, a los jóvenes proletarios y semi-proletarios— al primer plano del escenario social urbano) la priorización de una explicación cultural del mismo abre nuevos caminos en la investigación de las manifestaciones y comportamientos juveniles urbanos:

El elemento central en la caracterización de los fenómenos de los barrios y las bandas juveniles es su carácter urbano-popular [...] Las culturas populares se diferencian de las modas juveniles en los niveles de aceptación-ruptura con el sistema social, la ideología dominante que le sustenta y la *praxis* de grupo [...] En este contexto surge su necesidad de organizarse en el barrio, de adoptar un lenguaje común que los identifique, signos y símbolos que se comparten tales como los graffitis, murales, tatuajes, el

carro, el estilo, relaciones de *status* y de poder tales como la valentía, el estoicismo, el fetichismo [...] la delimitación del barrio como espacio de poder, el control sobre el propio cuerpo, las definiciones implícitas y explícitas anti-sistema frente a la cultura de masas (Valenzuela, 1988: 217-219).

Gaytán (1985), por su parte, se niega a tratar a “los jóvenes” como un sujeto político y social homogéneo. Postula la heterogeneidad social y política de los mismos, heterogeneidad que conforma un movimiento diverso con su propia lógica y dinámica —que lleva a los diferentes sujetos a luchar y expresarse de acuerdo con el ámbito en que se encuentran. Desde su perspectiva, el movimiento juvenil ha tenido dos vertientes: por un lado, la de los jóvenes garantizados y la de los no garantizados.

El movimiento de los jóvenes garantizados estaría compuesto por aquellos escolarizados, en proceso de formación como fuerza de trabajo calificada o profesionalizada, futuros gestores de fábricas o de centros superiores de enseñanza, creyentes del estatus y la profesionalidad, dependientes de los ingresos familiares, en fase de transición al trabajo capitalista y enmarcados en la institucionalidad burocrática (Secretaría de Educación Pública (SEP), Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Instituto Politécnico Nacional (IPN), Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (Crea), escuelas técnicas).

El movimiento de los jóvenes no garantizados estaría integrado por una fuerza de trabajo “prematura” (desempleados, infantiles y subempleados), descalificados (obreros), desempleados y subempleados (jóvenes expulsados de la escuela) y por esa fuerza cada vez más numerosa de los trabajadores-estudiantes. En suma, composición proletaria juvenil, que sería “asistida” y vigilada por la institucionalidad del control social (Crea, correccionales, internados, albergues, penitenciarías, reclusorios, aparatos represivos como los granaderos, la policía judicial o los grupos paramilitares).

Para los primeros, los espacios de autonomía y reproducción serán los ganados en la facultad o instituto. Para los segundos serán el territorio: el barrio, la cuadra, la esquina. Tipología radical que tiene el mérito de poner en primer plano la heterogeneidad de los movimientos juveniles. En planteamientos posteriores (Gaytán, 1988a, 1988b) extiende esta diversidad al interior de los denominados chavos banda al observar las diferencias entre los “banda” y los “punks” del D.F.

En resumen, los planteamientos de Valenzuela y Gaytán permitirán

acceder a la heterogenidad social-cultural de la juventud urbana mexicana, así como a la diversidad de manifestaciones dentro de los sectores juveniles populares. La diversidad se expresaría, básicamente, en la formación y desarrollo de colectividades de chavos que —aun compartiendo una misma condición de clase— se diferencian entre sí a partir de la aceptación o ruptura con ciertas instituciones del sistema social. Actitudes que van creándose y expresándose a través del vestuario, del uso o demarcación del barrio como espacio propio, de la música, del uso o no de drogas, del género, de los grupos de edad, etc., todos ellos elementos definitorios de la identidad de los grupos en cuestión.

4. De las bandas hacia las culturas/colectividades juveniles³

Replanteada la temática de las bandas en el plano de las formas de apropiación (uso) de los productos provenientes de la cultura hegemónica, entre 1989 y 1991 se ha desarrollado tanto en términos teóricos-metodológicos como en investigación empírica (a través de acercamientos que se plantean detectar y penetrar los espacios de encuentro o de intermediación entre una y otra categoría) una relación más estrecha entre “identidad” y “culturas juveniles”. La mayor parte de estos planteamientos sólo se han podido conocer a través de artículos y ponencias. Dos son las propuestas más sólidas (en términos de articulación entre propuesta teórica-metodológica y trabajo empírico): un estudio sobre la relación entre los usos de la comunicación al interior y entre las bandas de Guadalajara (Reguillo, 1989) y un nuevo desarrollo teórico del estudio del cholismo y punkismo en Tijuana (Valenzuela, 1990).

Ambas propuestas parten de reconocer la ambigüedad de los discursos y las prácticas de los sectores juveniles populares (entre la reproducción y la contestación de las relaciones de dominación) —sin que ello quiera decir que no existan investigaciones que parezcan insistir en tomar uno de estos aspectos como el único y definitorio (Henaó, 1990; Zermeño, 1989).

También y lo más importante, en tanto marca el inicio de un tercer momento en la investigación de las culturas juveniles, es que ambas propuestas parecieran igualmente responder a otra pregunta: ¿cómo cons-

³ Para el siguiente acápite se analizaron los textos de Reguillo (1991), de M. Valenzuela (1991), cinco artículos y dos ponencias de M. Urteaga (1989, 1990b y 1991). Además, tres artículos de Gaytán (1990a y 1990b), dos de De Garay (1985 y 1990). Por último, remitimos a la bibliografía para ubicar los artículos y textos publicados por críticos, literatos y periodistas como Monsiváis, Roura, José Agustín y otros.

truir y no sólo registrar las condiciones para que la investigación sobre las manifestaciones juveniles sea capaz de formular preguntas cuya utilidad no se reduzca a la pertinencia derivada de los intereses y nociones esgrimidos por los interlocutores sociales de los investigadores de las culturas juveniles urbanas?

Reguillo tiene por objeto determinar el papel de la comunicación en la producción, innovación y defensa de un discurso propio (el de las bandas) frente a la sociedad, planteando un análisis de la relación entre los usos de la comunicación e identidad cultural en las prácticas culturales de producción, circulación y consumo de la banda. Su análisis está compuesto por diversos elementos, conceptos y articulaciones que pertenecen a constructos teóricos diferentes. Así, herramientas conceptuales de la antropología (Signorelli; Giménez), la sociología de la cultura (Bourdieu, García Canclini, González), la comunicación (Barbero, Serrano, Verón y otros); así como de las teorías del poder (Foucault), de la representación, de la enunciación (Benveniste, Giménez), de la semiótica (Greimas), son potentemente conjuntadas para obtener un resultado bastante innovador. Del estudio de Reguillo se desprende que las identidades son de naturaleza relacional y simbólica y su constitución (o desaparición) está inscrita en la dinámica cultural. Aborda la identidad banda desde una triple referencia: una situacional o espacial, otra, de clan o de grupo y una tercera, simbólica. Desde la primera referencia, para la banda habrían dos dimensiones, la ciudad como espacio que se construye cotidianamente por los actores a través de la creación de puntos mnemónicos (la tienda, la esquina, el parque), espacios de interacción social que tienen como fin garantizar la continuidad, la reproducción del grupo al devolverle una idea de quién es.

Desde la referencia al clan, la pertenencia a la banda actúa como especie de filtro a partir del cual se organizan y jerarquizan de manera selectiva las visiones del mundo y los medios para construir las mismas. La banda hace uso de modos específicos de comunicación en un intento por transformar el estigma en emblema; esto es, por transformar la valoración negativa de sí (que les ha sido asignada socialmente), por una positiva de sí mismos. Desde la objetivación simbólica de la identidad, las marcas exteriores de la banda (imágenes, objetos, símbolos distintivos, códigos) remiten a la problemática de sus orígenes, recordándoles quiénes son (activando la identificación), por un lado, mientras, hacia afuera, los mismos signos —al sólo ser compartidos por ellos— exaltan la diferencia. En este proceso no importa que los mismos símbolos sean usados por otros grupos, pues lo que interesa es el “uso específico” que los miembros den a estos elementos, esto es, “la relación [que aquellos] tengan con su esquema propio de representación”.

Con Valenzuela (1990) la autora comparte el que las identidades tengan un carácter relacional (que se definan a partir de la interacción con grupos que no comparten los elementos simbólicos ponderados por el grupo como definitorios de su identidad); que ellas se elaboren, reelaboren y transformen por las prácticas sociales de los actores; que la banda sea una forma de agrupación solidaria (forma de socialización paralela o alternativa) que cumpla hacia adentro una función integradora y hacia afuera una función impugnadora (aunque Valenzuela matice esta última argumentación); y que, en su interior, los sujetos compartan principalmente una condición de clase.

Valenzuela construye un nuevo marco de interpretación para los datos de su antigua investigación sobre los cholos y *punks* de Tijuana en torno al eje identidad colectiva-acción social y juventud. Mezcla elementos y categorías trabajadas desde la sociología política clásica y reciente (Weber, Habermas, Smelser, Dubet, Melucci, Touraine, los Tilly, Alberoni, Cohen y otros). La propuesta teórico-metodológica resultante es sugerente, pues amplía el espectro para el estudio de los movimientos juveniles urbanos (uno de los cuales sería el de las bandas). En este texto, plantea abordar los movimientos juveniles en los nuevos movimientos sociales en tanto percibe que sus cuestionamientos al sistema

no se centran de manera prioritaria en las relaciones sociales de producción, sino que atienden a otras esferas de la vida entre las cuales se encuentra su propia subjetividad, las respuestas a la violencia policiaca, sus búsquedas de opciones de empleo, etc., procesos en los cuales se construyen múltiples identidades...

También observa que estos movimientos juveniles no han logrado aún rebasar los marcos reivindicativos, pues si bien trastocan la normatividad a partir del hecho de vivir con códigos distintos (modificando su forma de vida y cuestionando aspectos institucionalizados de la misma), "carecen de un planteamiento colectivo frente a esta institucionalidad". Esto último no significa plantear, como algunos autores aún insisten, el "fin del sujeto colectivo"; más bien intenta dar cuenta de la existencia de nuevas construcciones identitarias (como éstas) y de la necesidad de acercarse a ellas con otros elementos de análisis.

Como se señaló, existen otras investigaciones en curso sobre la problemática juvenil popular urbana que mezclan conceptos, categorías y elementos pertenecientes a construcciones teóricas diversas. Una de las líneas de trabajo más sugerentes desde los últimos años de la década pasada la constituye la relación rock-identidades juveniles urbanas, abordada desde las prácticas culturales (musicales, entre otras) de los jóve-

nes de la ciudad. Urteaga (1989, 1990a, 1990b, 1990c, 1990d, 1990e, 1991) aborda el rock mexicano como: *a*) un espacio de creación y recreación cultural simbólico juvenil (proceso observado en los circuitos de producción, de circulación y de consumo rockeros en el D.F. y Ciudad Nezahualcóyotl), y *b*) una de las instancias privilegiadas de interpelación de identidades juveniles urbanas. Colectividades que se originan entre los chavos urbanos a raíz de compartir gustos y necesidades musicales. Así, *heavys, thrashers, punks, blueseros, popseros, progres, tecnos, industriales, rockanrolleros, pachucos, oscuros, etc.*, formarían parte de una identidad común, la rockera, construida básica aunque no exclusivamente en la marginalidad social y cultural urbana.

Con algunas particularidades en su acercamiento al fenómeno *punk*, por un lado, y una sugerente propuesta de abordaje a las “significaciones imaginarias” que se están creando en la urbe juvenil hoy en día, por otro lado, están los artículos de Gaytán (1989, 1990a, 1990b), mientras De Garay propone un acercamiento al rock como práctica cultural de comunicación —básicamente desde los medios— (1985, 1990). No obstante, los pioneros en la observación de la relación rock-identidad fueron Monsiváis (1977, 1988a, 1988b), García Saldaña (1972), José Agustín (1991), Chimal *et al.* (1984), Roura (1984a, 1984b, 1985, 1988). Tampoco se pueden dejar de citar los artículos en cientos de *fanzines* (revistas artesanales hechas por rockeros) o en la *Banda Rockera*, sin firma de autor, que escriben al respecto de una manera vivencial. Pueden (y deben para quien quiera entrar en serio en esta temática) revisarse los artículos publicados en la sección “Topodriando” de la revista *Topodrilo* (UAM).

Conclusiones

1) Puede observarse que el objeto de investigación “jóvenes urbanos” ha pasado por momentos delimitados por la “relevancia de ciertos actores: el movimiento estudiantil (sector clasemediero urbano-provinciano) en la década de 1970; los chavos banda (sectores proletario, semi-proletario y urbano popular) durante los años ochenta. Entrada la década de 1990, con la complejización y masificación de la sociedad urbana, el objeto de reflexión lo constituirían las diversas culturas/colectivas juveniles urbanas. Culturas que vienen construyéndose colectivamente en términos de redes de sociabilidad-solidaridad paralela con las formas de sociabilidad tradicionales (familia, escuela, iglesia, T.V.), porque cumplen funciones positivas que no son resueltas por las otras instituciones y que tienen que ver con la autoestima y los espacios ganados por los jóvenes.

2) En el plano del conocimiento del objeto de estudio “bandas juveniles”, se ha logrado avanzar: *a)* De las pandillas delictivas a la definición de las bandas de la década de 1980 como una de las formas de agregación juvenil popular. *b)* De las bandas juveniles como macrosujetos colectivos de la acción social popular a la banda como *i)* lugar de socialización paralela o alternativa a otras instancias socializadoras (instituciones con las que se relaciona de manera ambigua —a nivel discursivo y de su *praxis*— entre la reproducción y la contestación a las relaciones de dominación); y *ii)* espacio interpelador de la “identidad banda” —construida principalmente a partir de una triple referencia subjetiva: la espacial, la de clan o grupo y la simbólica. Esto no exime al análisis de tomar en cuenta el papel de las condiciones de clase (una de las referencias objetivas) en la construcción identitaria de los chavos banda.

3) En los acercamientos teórico-metodológicos al objeto, es posible encontrar también tres momentos. El primero estaría constituido por el conjunto de las investigaciones pioneras desde las ciencias sociales; su agotamiento proviene de las limitaciones de sus propias propuestas teóricas (no tanto a nivel metodológico), ortodoxas en exceso para abordar las acciones de sujetos sociales originados y desarrollados principalmente fuera del ámbito de la producción social. El segundo momento estaría marcado por la investigación de Valenzuela (1988), propuesta que sin desechar una explicación económica y social al fenómeno vuelca el debate al ubicar la temática bandas juveniles en la dimensión cultural —simbólica de la vida social en las urbes gigantes de los críticos años ochenta. El tercer momento está en curso desde el ámbito de la cultura, entendida como dimensión de lo simbólico de la vida social, sin dejar de tomar en cuenta los condicionantes de clase. Las diferentes propuestas sostienen la pertinencia de penetrar al interior de las diversas manifestaciones culturales juveniles urbanas y observarlas como espacios de interpelación de identidades sociales. Identidades que se construyen y expresan a través de estilos de vida distintivos, localizados principalmente en los tiempos y espacios de ocio. Los microgrupos configuran “nichos culturales” que tienen grados significativos de autonomía respecto a las instituciones y lógica adultas y que son muy diferentes/heterogéneos entre sí. Esta última perspectiva, además, aporta (a través de las investigaciones empíricas señaladas) al debate en torno a las identidades urbanas que existen en la actualidad en la ciudad de México, en donde no sólo se observa una coexistencia entre las nuevas construcciones identitarias y los sujetos tradicionales de acción social, sino también una nueva tendencia en la socialidad urbana —percibida asimismo por Maffesoli (1990) para las ciudades europeas, la del “neotribalismo”—, una de cuyas características es la

implicación afectivo-pasional que rige el accionar de los miembros de estos microgrupos.

3) Por último, el cambio en la mirada al problema "jóvenes urbanos" (de la desviación a las identidades juveniles) nos plantea múltiples retos a afrontar. La línea de investigación más sugerente (y la más factible de desarrollarse en el futuro inmediato) en la investigación de los jóvenes podría darse a través del desarrollo de la categoría "identidad". En efecto, la aplicación empírica (y su consecuente desarrollo teórico) de la misma deberá combinar perspectivas teórico-metodológicas sociales tradicionales (como las vertidas desde la antropología) y nuevas (como las que se vienen proponiendo desde la sociología de la cultura y la sociología de las sensibilidades). Ello nos permitiría abordar las variadas formas de agregación social juveniles desde dos ámbitos: el "objetivo" (al ubicarlas en la esfera de "lo social", esto es, según sus articulaciones de clase, de generación, de género, de territorio y de etnia) y el "subjetivo" (al penetrarlas en la esfera de "la socialidad". Esto último significa, en concreto, penetrar sus espacios y sus redes de "socialidad" a través de sus vivencias en ellas y por ellas y, dejarse llevar por esas redes hacia otras redes y espacios que, también, forman parte de los universos juveniles en tanto amplían sus horizontes afectivos y culturales).

Bibliografía

- Aguilar, Miguel Ángel (1991), "Violencia urbana y espacio público", ponencia presentada en la *Conferencia Anual de la Asociación para la Investigación en Diseño Ambiental*, México.
- Agustín, José (1991), *Contra la corriente*, México, Ed. Diana.
- Alarcón, A., F. Henao y R. Montes Castro (1986), *Las bandas juveniles en una zona industrial de la ciudad de México*, tesis de licenciatura en Antropología social, ENAH.
- Chimal, Carlos *et al.* (1984), *Crines (Lecturas de rock)*, México, Ed. Penélope.
- De Garay, Adrián (1985), "La cultura del rock: crisis y juventud", *Revista "A"*, vol. VI, núm. 16, septiembre-diciembre.
- _____ (1990), "El rock como práctica cultural", *Umbral XXI*, núm. 4, otoño.
- García Robles, Jorge (1987), *¿Qué transa con las bandas?*, México, Ed. Posada (Ira. ed., 1985).
- García Saldaña, Parménides (1974), *En la ruta de la onda*, México, Ed. Diógenes (Ia. ed., 1972).
- Gaytán S., Pablo (1985), "Notas sobre el movimiento juvenil en México: institucionalidad y marginalidad", *Revista "A"*, vol. VI, núm. 16, septiembre-diciembre, pp. 73-91.
- _____ (1988a), "Postesísmicos", *Vía Libre*, año 1, núm. 8.

- _____ (1988b), "Cada quien tiene su época", *Vía Libre*, año 1, núm. 9.
- _____ (1990), "Disonantes en la decadencia", *Generación 90*, núm. 39.
- _____ (1990a), "La cultura punk", *Generación 90*, núm. 39.
- _____ (1990b), "El imaginario y la cultura en el D.F.", *Topodrilo*, núm. 14, noviembre-diciembre.
- Gomezjara, Francisco (1987a), *Las bandas en los tiempos de crisis*, México, Ed. Nueva Sociología.
- _____ (1987b), *Pandillerismo en el estallido urbano*, Ed. Fontamara.
- Henao, Fernando (1990), "Bandas juveniles en la ciudad de México", ponencia presentada en el *Seminario de Identidades Emergentes*, Conaculta, México, 25-26 octubre.
- Maffesoli, Michel (1990), *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.
- Monsiváis, Carlos (1988a), "Dancing: el hoyo fonqui", en *Escenas de pudor y liviandad*, México, Grijalbo.
- _____ (1986), "La naturaleza de la onda", en *Amor perdido*, México, Lecturas Mexicanas (2a. serie).
- Reguillo C., Rossana (1991), *En la calle otra vez* (las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación), Guadalajara, ITESO.
- Roura, Víctor (1988), *Diaria escritura* (de bandas, rolas y medios), México, Ed. Oriental del Uruguay.
- _____ (1985), *Apuntes de rock: por las calles del mundo*, México, Ed. Nuevomar.
- _____ (1984a), *El viejo vals de la casa* (textos de periodismo musical), Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- _____ (1984b) "Rock mexicano: la bodega de los entusiasmos intercambiables", *Comunicación y Cultura*, núm. 12, agosto.
- Urteaga C.P., Maritza (1991), "La música étnica como ritual", ponencia presentada en el seminario *Presencia Indígena en la INI*, México, enero.
- _____ (1990a), "Qué ónda ése (un acercamiento al rock chilango de los 80)", *Generación 90*, núm. 23.
- _____ (1990b), "Sé como tú quieres ser", *Páginauno*, *Unomás uno*, mayo.
- _____ (1990c), "Con los pelos de punkta", *El Ciudadano*, año 1, núm. 5, 1 de junio.
- _____ (1990d), "El rock nuestro de cada día", *Generación 90*, núm. 48.
- _____ (1990e), "Rock, violencia y organización", *Topodrilo*, núm. 14, noviembre-diciembre.
- _____ (1989), "Rock mexicano, violencia y organización", ponencia presentada en el *Foro "Qué ónda con el rock? Culturas Populares/IMER/DDF/CNCA*, México D.F., noviembre.
- Valenzuela A., José Manuel (1990), "Mi barrio en mi cantón" (Identidad, acción social y juventud), ponencia presentada en el *Seminario Identidades Emergentes*, Conaculta, México, 25-26 de octubre.
- _____ (1988), *¡A la brava ése!*, México, El Colegio de la Frontera Norte.
- _____ (1984), "El cholismo en Tijuana (antecedentes y conceptualización)", in *Telpochtli*, in *Ichpuchtli*, Revista de Estudios sobre la Juventud, núm. 1, enero-marzo.

- Zermeño, Sergio (1988), "Nuevos planteamientos en la relación juventud popular-juventud estudiantil" (Los estudiantes y el pueblo: relación difícil), ponencia presentada en el *II Seminario Latinoamericano de Investigadores sobre Juventud*, México D.F., 16-18 de mayo.
- _____ (1989), "El regreso del líder", *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, núm. 4, octubre-diciembre.